

Ah, si pudiera desatar un día,  
 la unidad integral que me aprisiona,  
 tirar los ojos con los astros quietos  
 de un lago azul en la nocturna onda...;  
 tirar la boca muda entre los cálices,  
 cuyo ferviente aroma sin destino  
 disipa el viento en sus alas flotantes...;  
 darle el último adiós  
 al insondable enigma del deseo;  
 cerrar el pensamiento atormentado  
 y dejarlo dormir un largo sueño  
 sin clave y sin fulgor de redenciones...

Cierto que en una de las estrofas que hemos transcritas, —de una de las más humanas y dolorosas de sus composiciones— reprocha al “dios de las misericordias” que la haya hecho tan rara y distinta de las otras criaturas, vedándole la simple dicha terrena. Pero el tono general de esa composición (“Los Desterrados”) carece de todo espíritu religioso, y ese *dios de las misericordias* que invoca, más parece una imagen literaria que un objeto de fe.

Cierto también que, según lo ha declarado su hermano, introdujo en composiciones anteriormente publicadas, algunas modificaciones “por escrúpulos de otro orden que el artístico”. Ello probaría su respeto por los preceptos y las normas exteriores del catolicismo que públicamente profesaba; más no su fe interior. Lo más probable es, pues, que a pesar de su sincero afán religioso, esa gracia de la fe —amor divino— le haya sido también negada, como le fue negada la gracia del amor humano... En vano seguía el consejo de Pascal: se santiguaba con el agua bendita de las iglesias; el rayo divino no habría herido su corazón. En vano sus puños golpeaban el bronce oscuro y sordo del cielo; habría permanecido para ella tan duro y cerrado como la tierra. No la estrecharon los brazos hercúleos del

herrero —que ella vio una tarde otoñal, martilleando en su fragua—, mas tampoco habríanla estrechado contra su pecho, hecho de lirios, los brazos del Cristo que sangraba, inaccesible, en los altares...

No perfumaron sus senos, como rosas paganas, en la embriaguez dionisiaca de los tálamos; dulces palomas no se posaron tampoco sobre sus castos hombros monacales. Su boca no gustó el sabor del beso terreno; mas tampoco el arrobo eucarístico de la hostia...? Sus manos, que “no tocaron nunca la carne de la vida”, nunca sintieron la caricia del ala de los serafines. Para su oscura desolación en el mundo, no le fue dada la esperanza de una compensación eterna: tal se induce de sus versos y así su pesimismo desolado llegó a concebir la vida como un eterno juego de olas sin objeto, sobre las cuales volaba su pensamiento, pájaro errante y sin abrigo, como en “Unico Poema”, su símbolo culminante:

Mar sin nombre y sin orillas  
 soñé con un mar inmenso,  
 que era infinito y arcano  
 como el espacio y los tiempos.  
 Daba máquina a sus olas,  
 vieja madre de la vida,  
 la muerte, y ellas cesaban  
 a la vez que renacían.  
 Cuánto nacer y morir  
 dentro la muerte inmortal...  
 Jugando a cunas y tumbas  
 estaba la soledad.  
 De pronto un pájaro errante  
 cruzó la extensión marina:  
 “Chojé!... Chojé!...” repitiendo  
 su quejosa mancha iba.  
 Se perdió en la lejanía  
 goteando: “Chojé!... Chojé!...”  
 Desperté, y sobre las olas  
 me eché a volar otra vez.